

# CRÓNICA

- El amor a la sabiduría (E. GILSON).
- La revolución conservadora (P. JOHNSON).
- Acerca de la Teología de la Liberación (J. M. IBÁÑEZ).
- Teología de la Traición (R. HASBÚN).

## EL AMOR A LA SABIDURIA

Todos los estudiantes de filosofía deben aprenderla de profesores, cuya tarea, a su vez, es enseñarla. Después de estudiarla durante tres, cuatro o cinco años, se supone que algunos estudiantes, por lo menos, conocen tan bien la filosofía que se los considera calificados para enseñarla. Si efectivamente la enseñan, tienen que seguir programas, usar manuales, indicar lecturas, hacer preguntas y examinar las respuestas a esas preguntas; en dos palabras, tienen que asegurarse de que sus propios estudiantes aprenden a su vez filosofía e incluso, si es posible, de que adquieran el hábito de discutir problemas de un modo verdaderamente filosófico. Todo esto es necesario y, considerado en sí mismo, excelente. La filosofía es, sin duda, una "materia", y justamente por esa razón ha sido siempre tanto enseñada como aprendida. *Hubo, sin embargo, un tiempo, en la Grecia antigua, en el cual la filosofía era algo bastante diferente, a saber un cierto camino o manera de vida. Era, precisamente, una vida enteramente dedicada a la búsqueda de la sabiduría*

Hay buenas razones para temer que este segundo aspecto de la filosofía haya perdido su importancia en el mundo moderno. Uno podría incluso preguntarse si no está en peligro de ser totalmente olvidado.

La tendencia general de la vida moderna va contra la idea de una filosofía como modo de vida. Hoy por hoy, el conocimiento se vende en grandes tiendas por departamentos llamadas colegios universitarios o universidades, donde los estudiantes pueden comprar, según lo anunciado, el tipo de conocimiento que se acomoda a su gusto o que satisface sus necesidades. Incluso su gusto no necesariamente traduce ninguna inclinación ferviente. Recuerdo una universidad donde los estudiantes tenían que escoger entre filosofía y matemática. Era sorprendente ver para cuántos de ellos el temor de la matemática era el comienzo de la sabiduría. Habiendo asistido a no sé cuántos exámenes de filosofía en los cuales los estudiantes contestaban con toda propiedad que filosofía era "el amor a la sabiduría", no recuerdo haber oído a ningún examinador preguntarle a algún candidato: "Bueno, ¿y usted ama la sabiduría?". Hubiera sido una pregunta injusta. En tanto que el candidato supiera lo que era la filosofía, difícilmente po-

día pedirsele más. Sus sentimientos personales respecto a ella no concernían a nadie sino a él, y preguntarle si estaba enamorado habría sido no sólo salirse del tema, sino también algo positivamente indecoroso.

Sin embargo, *ésa era precisamente la primera pregunta que Sócrates habría hecho a todo nuevo discípulo que le trajeran: ¿amas la sabiduría? Si el joven hubiera respondido, por ejemplo: no estoy seguro, pero tengo curiosidad de saberlo, Sócrates le habría aconsejado buscarse uno de esos agudos sofistas que sabían todo sobre la filosofía sin ser ellos mismos filósofos.*

Debería reservarse un trato igual para aquellos de nosotros que parecen pensar que "ser tomista" quiere decir tener un conocimiento exhaustivo de las obras completas de Tomás de Aquino. Eso, por supuesto, sería un logro nada despreciable; pero dejaría fuera algo más, un logro de naturaleza completamente diferente que, sin embargo, es todavía más importante. *Tomás de Aquino siempre concedió a los filósofos griegos que la sabiduría era el saber más elevado.* Puesto que era teólogo, la teología era para él la sabiduría suprema; pero la metafísica misma era una sabiduría especialmente en tanto que, centrada en el estudio de los primeros principios y las causas primeras, ayudaba a la teología en su trabajo. *Ahora bien, en tanto que ciencia por la cual el hombre encuentra su camino hacia la bienaventuranza, la filosofía debe ser para él objeto de amor. ¿Por qué, en efecto, buscaríamos la sabiduría a menos que la amemos? Más aún, ¿cómo podríamos adquirir algo que no deseamos poseer? Un verdadero tomista, entonces, es un hombre que conoce porque es un hombre que ama.* En otras palabras, hay un aspecto moral en el estudio de Tomás de Aquino.

Y cualquiera que sea la parte de su doctrina que consideremos, siempre tenemos el peligro de pasar por encima de la mitad de su verdad. Y en ningún sitio es mayor el peligro, que cuando acentuamos, con toda propiedad, lo que a menudo se llama su "intelectualismo". Tomás de Aquino era un intelectualista porque nunca se apoyó en ninguna otra cosa que su intelecto para conocer la verdad. *Así como sólo se puede ver con los ojos, así no se puede conocer sino con el intelecto;* pero esta verdad no debe llevarnos a pensar que la vida intelectual del hombre procede en él sólo del funcionamiento de su intelecto. *Todos los tomistas están de acuerdo en que —según su*

maestro común—no es el intelecto el que conoce, sino el hombre a través de su intelecto; y como el hombre es muchas cosas además de su intelecto, cada vez que conoce, muchas otras facultades cooperan en la producción de su conocimiento. Entre ellas, la más importante es la voluntad. Olvidar este hecho es, también, olvidar el hecho de que hay condiciones prácticas para la adquisición incluso del conocimiento especulativo, y que la vida intelectual envuelve problemas de moralidad.

Para restaurar la verdad en toda su plenitud, comencemos por recordar que *hay virtudes intelectuales, a saber: sabiduría, ciencia y entendimiento*. Porque no cumplen la definición de virtud tan adecuadamente como las llamadas virtudes “morales” —es decir las virtudes que perfeccionan el apetito—, tenemos inclinación a pensar que las virtudes intelectuales no son verdaderas virtudes. Nos parece que, cuando conoce, nuestro intelecto no hace nada. Pero eso es una ilusión. *Cuando un intelecto conoce, hace el trabajo de un intelecto, y si, gracias a una virtud intelectual, ese intelecto hace un buen trabajo, es un intelecto virtuoso*. Ahora bien, para ser un verdadero tomista, no basta saber que Santo Tomás de Aquino dijo eso; *verdadero discípulo de Tomás de Aquino es aquel que, sabiéndolo, lo absorbe en la fibra misma de su ser, es decir, aquel que afectivamente cultiva su mente para “entender” y para adquirir la “ciencia” a la luz de los primeros principios, cuyo conocimiento es la sabiduría*. Estas virtudes intelectuales son tan reales que, después de unas pocas preguntas y respuestas, cualquier mente cultivada es capaz de reconocer otra mente cultivada que sabe lo que es saber. Muchos hombres no tienen conciencia de esto, y no hay ninguno de nosotros que, con alguna frecuencia, no se permita hablar como si no supiera lo que es saber. Y sin embargo, *al igual que hacer buen uso del propio intelecto es un acto de virtud, así también hacer lo inverso es ceder a un vicio*. Las virtudes especulativas confieren a nuestros intelectos la aptitud de “considerar la verdad” que “es el buen trabajo del intelecto”.

Conformar nuestra conducta a este principio determinaría un gran cambio en nuestras vidas. Nos haría, también, mejores tomistas de lo que somos, porque nos haría ser menos diferentes de Santo Tomás de Aquino de lo que somos. En primer lugar, nos haría darnos cuenta de que, puesto que nunca cesamos de pensar, no deberíamos cesar

nunca de conocer, ni de aprender cómo conocer. Las virtudes especulativas de ciencia y entendimiento deberían convertirse en nosotros, a través del ejercicio constante, en disposiciones permanentes de la mente. *¿Qué es una "mente cultivada" sino, precisamente, una mente equipada con el mayor número posible de ciencias así adquiridas y, por esa misma razón, siempre presta a dar respuestas inteligibles a las preguntas planteadas por el universo a nuestro alrededor?* Algunos de nosotros, sobre todo durante esos años en los que se nos pide que estudiemos muchas ciencias cuya necesidad no siempre es manifiesta, nos preguntamos si todo el esfuerzo empleado en tal estudio no es un desperdicio de tiempo. Todos queremos aprender algo "útil", como si aprender no fuera siempre útil para saber, lo que no es un medio para otro fin sino un fin en sí mismo. *El hombre es un ser racional cuyo fin es alcanzar la perfección de su naturaleza racional por la contemplación de la verdad absoluta. En este sentido, esas virtudes intelectuales que nos capacitan para ejercer actos intelectuales son por definición las más altas virtudes humanas, porque a través de ellas nos acercamos más a nuestro último fin. Ningún tomista verdadero dudará nunca del valor moral de una vida de estudio. Por el contrario, todos deberíamos hacer el trabajo diario de estudiantes —entre los estudiantes incluyo a los profesores—, con la profunda convicción de que, puesto que las virtudes especulativas son las más nobles de todas, sus actos pueden ser los más meritorios de todos. ¡Mirad al propio Santo Tomás! Nunca hizo otra cosa que leer, aprender, enseñar, escribir y rezar. Pero lo hizo, y lejos de dudar que conocer era hacer una buena acción, siempre mantuvo con San Gregorio Magno que "la vida contemplativa tiene mayores méritos que la vida activa". La más meritoria de todas las buenas acciones es la buena acción del intelecto.*

ETIENNE GILSON